

decreto a perpetua o indefinida esclavitud, como malhechores de la peor especie.

No hai sutileza politica que baste a paliar una infraccion tan inhumana y positiva de la buena fe de los tratados, ni hai gobierno en Europa que se atreva a decir, en la epoca presente, que no está obligado a cumplir un tratado, revestido de todas las solemnidades de una capitulacion y sancionado con la palabra de honor de un funcionario autorizado a empeñarla.

## CAPITULO VIII.

*Situacion de la ciudad de Megico y medidas del virrei. Frustrada expedicion de Mina contra la Villa de Leon. Llegada del exercito al mando del general Liñan. Forma la linea de circumvalacion. Situacion del Fuerte. Principio de las operaciones activas. Pormenores de los sucesos. Ataque al campamento de D. Pedro Celestino Negrete. Salida del general Mina. Nuevos pormenores. Valiente defensa del fuerte el 18 de Agosto. Evacuacion del fuerte. Sucesos posteriores.*

**MIENTRAS** que Mina estaba tomando sus disposiciones en Sombrero, abriendo correspondencias con los ciudades realistas y adoptando las mejores medidas que podia para las futuras operaciones militares, los realistas estaban igualmente empleando una actividad extraordinaria. Repetidas veces habian venido ordenes de Madrid mandando al virrei que abandonase toda otra atencion, si era preciso hacerlo asi, y dirigiese todos sus esfuerzos a contrarrestar los progresos de Mina. El virrei habia calculado, en virtud de las medidas tomadas por el anteriormente, que la gran fuerza reunida en las provincias internas bastaba para desempeñar aquel objeto. Pero cuando llegó a Megico la noticia del encuentro de Peotillos nadie pensó mas que en el peligro que amenazaba. El estado de la capital era tal, que por si solo bastaba a aumentar estos temores, porque en Megico habian abundado hombres que profesaban principios republicanos, mas como, por desgracia, la revolucion empezó en la parte mas infeliz e ignorante de la poblacion,

todos los hombres que se distinguían por sus conocimientos y talento, por las razones que hemos espuesto, se unieron en torno del estandarte real, esperando el momento en que bajase algún tanto el paroxismo republicano en las clases inferiores, o que se presentase algún gefe de más influjo que los que se habían visto hasta entonces. Estos hombres hubieran empleado todos sus esfuerzos en bien de su patria, en la primera ocasión que se hubiera presentado. En Mina, en fin, vieron un hombre en quien podían confiar, y a quien estaba reservada la gloria de plantar la bandera de la libertad en la capital del Imperio Mexicano. No eran solos los criollos los que pensaban así; muchos españoles europeos miraban con entusiasmo a Mina, y lo único que sentían era el verlo a la cabeza de un cuerpo tan reducido, porque aunque su nombre aterraba al partido contrario, y aunque cada día aumentaba el suyo, con todo, carecía de aquellos elementos de poder e influjo, de que necesitaban, con respecto a la seguridad de los bienes y personas, los que deseaban y no se atrevían a alzar el grito de libertad. Nada, pues, podía llevarse a efecto, bajo un gobierno absoluto, sin una combinación madurada por el tiempo y por la cautela; pues de lo contrario, el que abandonaba su familia, por seguir los estandartes de la independencia, la esponía a todos los horrores de la persecución y de la venganza. Estas eran las consideraciones que estorvaron por entonces un movimiento general en favor de la causa que Mina había venido a defender; mas los patriotas de la capital y de otras ciudades populosas, deseaban sinceramente que saliese victorioso y estaban prontos a unirse en la primera ocasión favorable.

Los extraordinarios sucesos que se referían en México de la expedición de Mina, animaron tanto a los patriotas de aquella ciudad, que se juntaban en los cafés, hablaban sin rebozo de aquellas noticias y espesaban abiertamente

sus deseos y temores; en términos que el gobierno lo supo y tomó medidas severas contra algunos sujetos distinguidos. No por esto, sin embargo, cesaba ni disminuía la fermentación.

Después de la derrota de las tropas reales en Peotillos, el virrey conoció que la invasión tomaba un aspecto temible, y que si no se atajaban pronto sus progresos, no era fácil calcular los resultados. Estrechado por tan crítica situación, reunió todas las tropas españolas que pudo, y les agregó alguna infantería del país y su mejor caballería criolla. Mas a pesar de lo grave de la urgencia, solo pudo concentrar 500 hombres. De este cuerpo dependía la suerte del gobierno, y si hubiera sido deshecho, como pudo serlo, era imposible alzar nuevas tropas para reemplazarlo. En breve conocerá el lector las razones en que esta opinión se funda.

El mando del ejército destinado a salir al encuentro de Mina, se confirió al mariscal de campo, D. Pascual Liñan, inspector general de las tropas de México, y por consiguiente inmediato al virrey en el mando militar. Liñan hizo una marcha rápida, y llegó a la provincia de Guanajuato a mediados de Julio. Mina tenía exactos avisos de los movimientos que el enemigo hacía en su propio territorio, y de una a otra de las ciudades que ocupaba; pero confiado en los socorros de hombres, municiones y viveres, que por instantes aguardaba, según la promesa del P. Torres, y no dudando que este y los otros gefes patriotas concentrarían en aquel caso sus fuerzas, según lo que todos habían convenido, determinó esperar a Liñan en el fuerte del Sombrero.

El último día del mismo mes, se dió noticia a Mina, de que las tropas que componían la guarnición de la Villa de Leon, habían salido aquella mañana de la plaza, dejando solo un pequeño destacamento para defenderla. Viendo en estas circunstancias una ocasión muy oportuna de probar

el temple de sus reclutas, y dar un golpe al enemigo, de- terminó atacar aquella plaza. La Villa de Leon es una ciudad grande, poblada y rica, situada en un llano cubierto de sembrados. Desde la llegada de Mina al Sombrero, el enemigo, previendo que atacaria a Leon, habia fortificado las obras de esta plaza. Su guarnicion se componia de 700 hombres, bajo el mando del brigadier D. Pedro Celestino Negrete. Las calles que iban a la plaza principal, estaban defendidas por un muro y un foso, que servian como de recinto a los edificios, los cuales eran iglesias y casas de una construccion tosca y antigua. La plaza hasta entonces habia tenido la reputacion de ser inespugnable, y en efecto, todos los esfuerzos de los patriotas para apoderarse de ella habian sido inutiles. Cada casa, en virtud de su maciza arquitectura, podia ser considerada como una fortaleza.

Mina, en la misma tarde del dia en que recibió el aviso, despues de haber tomado las precauciones necesarias para ocultar sus designios al enemigo, salió del fuerte con su division, una pieza de artilleria y alguna caballeria criolla; en todo, su fuerza no pasaba de 500 hombres. Su intencion era sorprender al enemigo por la noche. A distancia de media milla de la plaza, se encontró un piquete enemigo, el cual huyó a la ciudad y alarmó a la guarnicion. Esta habia sido reforzada por una division de Liñan, circunstancia de que Mina no tenia el menor conocimiento. Sin embargo atacó la plaza principal donde fue recibido con un fuego vivisimo de artilleria y fusileria. Este salia de los pisos altos de las casas. El ataque fue vigoroso, pero lo hizo inutil la superioridad del numero. La Guardia de Honor y el regimiento de la Union desalojaron al enemigo de un cuartel y le tomaron algunos prisioneros, mas no les fue posible seguir adelante. Al rayar el dia el general viendo que no podía esperar exito alguno favorable, reunió

sus tropas y se retiró al fuerte. Las tropas realistas no salieron a su alcance. Este fue el primer reves experimentado por Mina, y fue ciertamente cruel, puesto que perdió mas de cien hombres entre muertos y heridos. Algunos de estos que Mina no pudo retirar, cayeron en manos del enemigo y perdieron inmediatamente la vida. Los prisioneros hechos por Mina recibieron mui en breve la libertad.

En la mañana del 30 de Julio se supo que el enemigo estaba en la llanura, enfrente del fuerte, y poco despues se divisaron las tropas de Liñan subiendo las colinas. Este cuerpo, segun los datos comunicados en los partes de oficio, constaba de los regimientos siguientes:

Europeo de Zamora.....	617
Criollo de Toluca.....	250
Europeo de Navarra.....	463
Caballeria: fieles de San Luis, San Carlos, Queretaro, Nueva Galicia, Colima, Sierra gorda,	
Realistas de Apan.....	1,211
Division al mando del Coronel D. Juan Rafol....	1,000
	3,541

Diez piezas de artilleria y dos obuses.

Tenemos motivos de creer que las tropas de la division eran mas numerosas que lo que espresa el anterior estado; pero aun suponiendolo cierto, se echa de ver la desproporcion del numero con respecto a la guarnicion del fuerte. Apesar de tan formidable superioridad, Mina se creyó tan capaz de rechazar a los realistas, que mandó enarbolar una bandera roja en la bateria que coronaba la elevacion conica situada en medio del fuerte.

La disposicion de este ha sido ya descrita en las paginas anteriores. En la altura enfrente de la entrada principal,

el enemigo colocó una batería de siete piezas, de calibre de cuatro a doce, y dos obuses. Allí estableció Liñan su cuartel general, con la primera division de su egercito, compuesta del regimiento de Zaragoza, y 448 hombres de caballeria, a las ordenes del brigadier Loaces.

La segunda division, compuesta del regimiento de Toluca y 384 hombres de caballeria, bajo las ordenes del brigadier Negrete, guarnecia los dos declives que miraban al lado del sur del fuerte. Delante de esta posicion, sobre una pequeña altura, se puso un reducto con un cañon, a tiro de fusil del Sombrero. La tercera division, compuesta del regimiento de Navarra y de 379 caballos, mandados por el coronel D. Jose Ruiz, se apostaron en el sitio de donde se tomaba el agua para la fortaleza, y el cuerpo de D. Juan Rafol, se empleó en observar los movimientos del P. Torres, entre Leon y Guanajuato. Estas disposiciones eran mui diestras y mui dignas de llamar la atencion de Mina y de sus tropas sobre las consecuencias del ataque que se les preparaba: mas los patriotas no estaban acostumbrados a desanimarse.

El fuerte no podia sostener un sitio formal ni un ataque vigoroso. El P. Torres no habia enviado las provisiones que habia prometido, y los viveres que habia dentro solo alcanzaban a tres dias. Escaseaban, asi mismo, las municiones, de que no habia mas que veinte y cinco cajas. Pero el riesgo mas inminente era, que la tercera division del enemigo estaba colocada de modo que cortaba toda comunicacion entre la guarnicion y el agua. Sin embargo, como empezaba la estacion de las lluvias, este mal no inspiraba mucho recelo. El unico socorro que el P. Torres habia enviado, dos dias antes de la llegada del enemigo, se reducía a 60 hombres de caballeria, mandados por D. Miguel de Borja. Toda la fuerza de la guarnicion, incluyendo esta partida y la de D. Encarnacion Ortiz, no pasaba de

650 hombres. Si a estos se añaden los trabajadores, que se habian empleado en las obras de la fortificacion y las mugeres y niños, resultará un total de 900 individuos, encerrados a la sazón en el fuerte del Sombrero.

Al rayar el dia 31 el enemigo rompió un fuego mui vivo de cañon y fusil, que continuó hasta la noche y que fue respondido por los patriotas. Este reciproco cañoneo, duró, con poca intermision, todo el tiempo del sitio, y hubo dia en que los sitiadores dispararon al fuerte mas de seiscientos tiros. Los sitiados miraron esta profusion de polvora y balas como una ostentacion de los recursos que los enemigos poseian; ostentacion enteramente inutil, puesto que estando los edificios protegidos por la altura conica y por las rocas, y habiendose dado orden para que nadie saliera de ellas, sino para desempeñar algun deber, estas descargas no hacian el menor perjuicio al fuerte ni a los que lo ocupaban. Tambien es menester confesar que la artilleria española estaba mui mal servida: y sea cual fuere el motivo, el resultado fue que despues de tan terrible cañoneo solo murieron algunos caballos de los que pastaban en las inmediaciones de los fosos.

El gefe realista se lisongeaba sin duda, con la esperanza de conquistar facilmente el fuerte, creyendo que el primer ataque formal que se le diera, ocasionaria una pronta rendicion. A las dos de la mañana del 5 de Agosto, atacó en efecto por los tres puntos que parecian menos susceptibles de defensa; pero tubo que retirarse con perdida. En esta accion el general que mandaba en persona en la entrada principal se portó con su acostumbrado denuedo. Tomó una lanza en la mano, se puso a esperar al enemigo y recibió una pequeña herida.

Mas hubo una circunstancia que ocasionó mas daño que el ataque y los tiros del enemigo. La comunicacion con el barranco, de donde se proveia la guarnicion de toda el agua que necesitaba para su consumo, habia sido cortada

de un todo, segun se ha visto, por la tercera division enemiga, que se habia retrincherado en una posicion inespugnable y que ademas colocaba todas las noches una larga cadena de centinelas en todos los puntos accesibles de las orillas del barranco. Mina, de acuerdo con Moreno, habia creido que el sitio en donde se tomaba el agua, podia ser cubierto con los fuegos del fuerte, circunstancia tanto mas esencial en aquel apuro, cuanto que el unico deposito de agua que habia dentro era un pequeño estanque que apenas podia contener el agua necesaria para el consumo de algunas horas. Como habia empezado la estacion lluviosa, no se creia que la guarnicion padeceria mucho por esta privacion. Todas estas esperanzas quedaron enteramente frustradas: las partidas que iban de noche por agua, volvian sin haber podido conseguirla, o cuando mas, solo habian cogido una provision pequenísima. La lluvia habia empezado en todo el pais, mas no habia caido una gota de agua en el fuerte. Las partidas se veian obligadas a bajar por un declive sumamente pendiente y escabroso, y esta operacion se hacia con tanta dificultad que era imposible mantener el orden necesario para llevarla adelante con seguridad. El enemigo observaba la llegada de las tropas del fuerte y se preparaba a rechazarlas. De todo esto resultó que no pudo hacerse la provision de agua segun se habia esperado. Los que no han visto los barrancos de aquel pais, no pueden figurarse las dificultades que a cada paso presentan. Los rocas, las precipicios y la maleza que los rodean impiden la conservacion del orden y del concierto de toda operacion militar.

En breve se consumió la reducida cantidad de agua de que cada individuo de la guarnicion se habia provisto, antes de que se acercase el enemigo. Un pozo que habia en la casa del comandante D. Pedro Moreno, habia estado siempre y estaba seco. Habia agotado toda el agua de las quebradas y huecos de las peñas. Asi que los habi-

tantes del fuerte empezaron a sentir todos los horrores de la sed. Aunque con riesgo de la vida, se trató de mitigar este tormento por medio de algunas plantas que abundaban en las cercanias, mas este alivio era de poca importancia, para quien pasaba cuatro dias sin beber una gota.

La situacion de la guarnicion era en extremo critica. Los soldados se sentian desfallecer por instantes y ya empezaba a serles casi imposible el manejo del arma. El ganado y los caballos andaban de un sitio a otro en la mas deplorable situacion. Los gritos de los niños que clamaban por agua a sus infelices madres aumentaban el horror de esta escena. Leíase en el rostro del general la compasion con que miraba los males de sus compañeros, pero aun conservaba la esperanza de que no lo abandonaria el Dios de la Naturaleza. El tiempo estaba sumamente nublado y Mina consolaba a sus soldados, diciendoles que el cielo no tardaria en enviarles el refrigerio que tanta falta les hacia. Tal era la fuerza de su ejemplo y de sus consuelos, que cada cual procuraba distinguirse, haciendose superior al padecimiento general. Cuando veian acercarse una nube cargada, todos los ojos se fijaban en ella, esperando que saldria de su seno el licor deseado. Todo estaba preparado para recibirlo; las mugeres sacaban imagenes de santos, para lograr por su intercesion el objeto de tanto anelo. El fuerte se veia cubierto de nubes, y tal era el ansia con que se aguardaba la lluvia, que no se oia otro ruido sino el de la artilleria enemiga. Pero las nubes pasaban derramando tan solo algunas gotas, y vertiendo sus torrentes a poca distancia de los muros. No hai voces con que espresar la desesperacion que entonces reinaba en todas aquellas victimas. Muchos dias se repitió este suplicio, durante los cuales la guarnicion no cesaba de ver caer fuertes aguaceros en el ancho lago de Lagos y en los puestos ocupados por los realistas.